



Pablo Mourier

Venganzas
sutiles

*Dieciocho historias
de una ciudad caníbal*

BÄRENHAUS

Pablo Mourier

Venganzas *sutiles*

*Dieciocho historias
de una ciudad caníbal*

BÄRENHAUS

Índice

Más negro que amarillo.....	13
Viejos planes.....	17
Héroe.....	27
El otro Funes.....	31
Nunca se sabe.....	35
El juego y el final.....	41
Por algo habrá sido.....	57
La casa.....	61
Nunca es fácil Balvanera.....	71
La vieja y los vecinos.....	75
El Chino y el Hueso.....	85
La vergüenza de la señorita Dughan.....	89
El verdadero amor.....	101
La resurrección de Luis.....	109
El número 7.....	115
Luz.....	121
Cosa de arqueros.....	123
Magdalena.....	129

Héroe

27

El subte son dos ojos de serpiente en lo profundo del túnel. Miro el reloj en mi muñeca: casi las diez de la noche; los pocos que quedamos en el andén solo queremos llegar a casa. Juego a imaginar qué hace cada uno de ellos. Reconozco al oficinista que se quedó después de hora, con la esperanza de escapar a la lista negra que se menciona en los pasillos; la pareja de médicos residentes que se besa ajena a todo, sintiéndose eterna; un par de estudiantes, tal vez de arquitectura o diseño. Y también está ella, recién la descubro, ensimismada en sus pensamientos.

Yo la miro porque es bellísima y porque me recuerda a alguien, todavía no sé a quién. Tiene menos de veinte y diría que es demasiado delgada, el cabello rojizo y ondulado, la piel muy blanca. Ella va y viene, se la nota inquieta, como huyendo de sí misma. Desde acá no alcanzo a distinguir su mirada, pero intuyo que es clara y triste. Camina con la mochila al hombro hasta el borde del andén, se asoma al vacío, pienso que arriesga demasiado. Me pregunto dónde irá y por qué la urgencia. Ahora, ella retrocede cami-

nando de espaldas a mí, se acerca sin verme, su brazo desnudo y pálido alcanza a rozar mi piel morena. El contacto es apenas un chispazo, pero la descarga alcanza para hacerme entender que está tomando impulso. Me propongo evitarlo, pero no hay tiempo: el rugido anticipa a la bestia, que por fin emerge de la noche. Entonces ella corre y yo tras ella, son apenas tres pasos al abismo. Uno, dos y los músculos tensos como resortes que me impulsan para despegar del piso sin ser pájaro. El resultado es un torpe abalanzarme sobre su cuerpo frágil en fuga. Todavía en el aire, alcanzo a atrapar la correa de la mochila: el sacudón es fuerte, los dos caemos al piso y rodamos hasta golpear contra el lateral del primer vagón, inmovible ante el impacto. Quedamos desparraigados sobre el andén, por un instante entrelazados. Somos dos cuerpos vencidos al pie de la bestia.

—¿Estás bien? —pregunto agitado, la voz entrecortada por el susto.

Su mirada es furia y desprecio, afiladas flechas de ira me atraviesan. No alcanzo a entender su enojo, solo me estremezco por el puñetazo en mi nariz blanda. En sus nudillos hay sangre que sospecho mía, también en las palmas, parece demasiada para un golpe. Ahora ella insulta mientras me empuja con las piernas, solo quiere deshacerse de mí, sacarse de encima mi cuerpo pesado, como si fuera yo un animal salvaje que ha fallado en devorarla. No atino a nada, mi conciencia es un delgado hilo que se tensa, impredecible. Las puertas del subte están abiertas pero no baja ni sube nadie, el instante está suspendido en

un paréntesis eterno. Todavía en el piso, ella vuelve a insultarme:

—¿Quién te creés que sos, imbécil? —dice con desprecio—. ¿Ya tenés una historia para contarle a tus amigos?

—No quería que te mataras... —intento explicarle.

Pero ella está desencajada y me interrumpe, escucharme la enardece todavía más.

—¿No quisiste? ¿Y qué quisiste, vos? ¿Salvarme? ¿Para irte y dejarme en esta misma mierda? ¿Eso quisiste?

—No quería que te fueras —digo—, lo mismo que vos ahora...

Ella me mira y por primera vez su furia amaina, me da un mínimo respiro en el que confirmo que sus ojos son claros y tristes. A nuestro alrededor, el andén es solo un marco frío, indiferente. Ella gatea hasta montarse sobre mí, aprisiona mi cabeza con fuerza entre sus manos teñidas y se inclina para besarme con desesperación, el cabello rojizo derramado hasta cubrirme como un manto. Es un beso que me arrastra; me dejo llevar por ese remolino transparente hasta que pierdo la última molécula de aire. Entonces ya no giro, quedo suspendido, soy liviano y floto sobre todo lo que me rodea. Me pregunto si eso será el amor. Allá abajo, el andén se ha vuelto urgencia sin dibujo, esfumadas manchas de colores que se desplazan, un escenario blando de conciencia aletargada.

Es apenas un instante. La estación vuelve a ser vértigo, cada vez más lejano, pronto gritos y corridas, la misma urgencia inútil. En medio de otras voces,

distingo con nitidez la de una mujer, lo último que alcanzo a oír antes de irme:

—Pobre chica, parece que el flaco quiso sacarle la mochila. Pero le salió mal al chorro, dicen que está muerto.

